

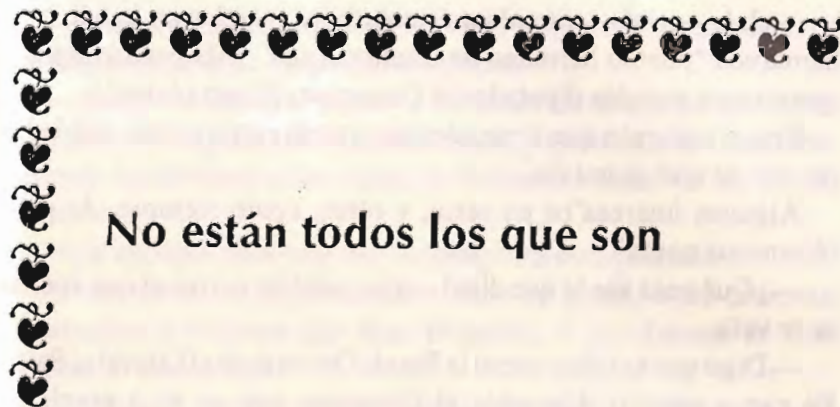
por favor no le dieran nunca un puesto importante a este hombre. “¿Qué iba a ser de nuestra patria si no se podían desterrar la corrupción y los vicios?”, escribió el general.

Así que el amo, cuando en ese Congreso que se hizo en Tucumán descubrió que el Aráoz éste había sido elegido diputado por la provincia, se pegó media vuelta y se volvió pa’ casa...

Porque a él tampoco le gustan estas cosas... Tendrá lo suyo el amo, no vamos a decir que sea un santo..., pero es un hombre honrado...

Así que al tiempito no má’ ya lo teníamos de vuelta en casa.

Bueno, niña, por hoy se acabaron las historias...



No están todos los que son

Año 1816. En Tucumán se iba a reunir un Congreso. Su misión: declarar la independencia y dictar una constitución.

En Buenos Aires, las diferencias con el Litoral enfrentaban a la gente.

Fue así como, sin quererlo, Clementina participó de un lío de aquéllos...

—Esa mañana había ido a la terminal de diligencias que está en la plazoleta de Santo Domingo pa’ esperar unos bultos p’al amo, que iban a llegar por la mensajería “Las Brisas del Desierto”. Después de un rato bien largo, por fin llegó.

En ese mismo momento un funcionario del gobierno se acercó y colocó en una de las paredes de la esquina un bando.

Usté’ sabe, niña, que yo no sé leer, pero igual me acerqué porque siempre hay alguno que dice las cosa’ en voz alta pa’ que nos enteremos.

Estaba ahí parada pa’ ver si podía pescar algo cuando se acercó el gordo dependiente de la fonda de Berdial:

—¡Ja! —gritó— mírenlo a este Artigas, mandar un bando para llamarnos “pueblo hermano de Buenos Aires” y de paso avisarnos que no va a mandar diputados al Congreso. ¡Es un cínico!

Con el vozarrón que tiene, al minuto tenía como veinte alrededor pa’ ver de qué se trataba.

Algunos interesa’os en serio, y otros, como siempre, de puro chismosos nomá’.

—¿Qué cosa fue la que dijo? —preguntó un petiso al que apenas se lo veía.

—Digo que acá dice que ni la Banda Oriental ni el Litoral ni Santa Fe van a mandar diputados al Congreso que se va a reunir en Tucumán.

Un señorito bien arreglado que estaba parado más atrás agregó:

—Eso estaba cantado. ¿O alguien esperaba otra cosa de ese forajido? Tiene a todas esas provincias sometidas.

—Ese hombre lo único que pretende es dividirnos. Si nunca tuvimos problemas con nuestros hermanos del Litoral —se horrorizaba una vieja.

Mientras tanto, un paisano que acababa de llegar bajaba los bultos de la diligencia, y sin apartar la vista de los baúles alcanzó a decir:

—El Protector de los Pueblos Libres no está enemistado con la gente de Buenos Aires, señora, sino con los gobiernos autoritarios que no respetan la voluntad de los pueblos— sentenció.

—¿Qué cosa fue la que dijo? —volvió a decir el petiso, exasperando al gordo de la fonda, que ya lo miraba con odio.

—No quisiera entrar en discusiones —contestó el señorito— pero creo que está equivocado. Si Artigas quisiera realmente la unidad, mandaría diputados al Congreso y discutiría todas estas cosas ahí. ¡No se haría el intrigante mandando mensajes!

—¡Eso! —dijo el gordo levantando su dedo índice—. Con esto lo único que hace es sembrar la discordia.

—El Protector —retrucó el paisano— sabe muy bien que ese Congreso va a estar dominado por las ideas porteñas y que poco importan las necesidades de las demás provincias.

—¡Un momentito! —protestó la vieja—. ¿Qué tiene que decir de los pensamientos de los porteños? ¡Ojito!

—¡Eso! —vociferó el gordo—. No se olvide de que la decisión de liberarnos de España salió de esta ciudad, y que desde ese momento Buenos Aires viene a ser como la hermana mayor de las demás provincias.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó otro paisano.

A esta altura la esquina estaba llena de gente, entre curiosos, interesados y viajeros que iban llegando. Y los ánimos se iban caldeando lentamente.

—¡Claro! —agregó otro de más allá—; que la Revolución haya salido de acá no les da derecho a mandonearnos ni a decirnos cómo tenemos que hacer las cosas. Si vamos a construir una Patria nueva, tenemos que opinar todos cómo la queremos.

—¡Eso! —gritó un mulato—. Por donde anda Artigas... ¡hasta los negros opinan!

—¡Esas son las ideas del Protector! ¡Que todos formemos una sola familia de hermanos y que cada provincia tenga igual dignidá’!

El revuelo en la plaza era cada vez más grande. Cada diligencia que llegaba sumaba seis o siete curiosos más.

—¡Ridículo! —le contestó el señorito—. ¿Desde cuándo los ignorantes opinan sobre cosas que tienen que ver con la felicidad de la Patria?

—Con más razón —dijo el gordo—. Si todos tenemos que decidir..., entonces... ¿por qué no mandan diputados?

—Le vía’ explicar —agregó el paisano—. Las provincias que están con Artigas le perdieron la confianza a Buenos Aires y a todos los que están con ella. Ya sufrieron varias traiciones. Por eso no van diputados; porque en ese Congreso no hay nada que discutir.

—¿Cómo que no hay nada que discutir? ¿Y la Declaración de la Independencia? ¿Y la forma de gobierno? ¿Y la Constitución? ¿Le parece poca cosa?

—Me parece mucho, pero si ya de entrada se sabe que las cosas se van a hacer como quiera Buenos Aires...

—¡Pero y dale con Buenos Aires! —gritó la vieja—. Y después de todo... si le molesta tanto Buenos Aires, ¿qué está haciendo acá, eh? ¿De qué provincia es usted?

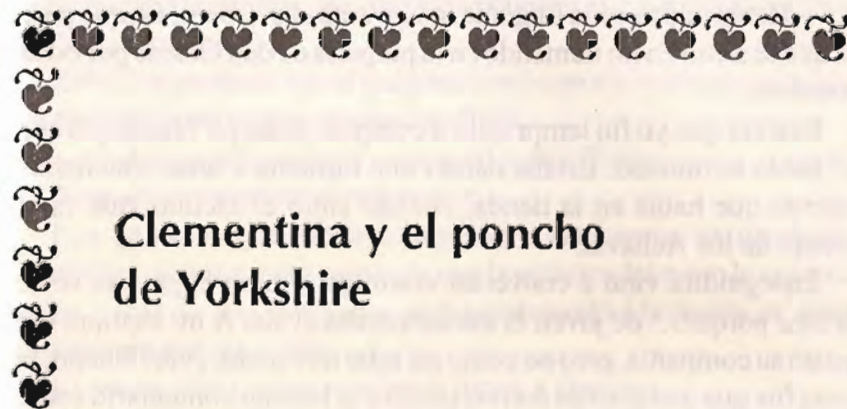
—¡Eso! ¿A qué vino? ¡A meter cizaña! —gruñó el señorito.

—¡Agárrenlo! —vociferó el gordo—. ¡Es un agitador!

En ese instante, mi niña, se armó tal trifulca en la plaza como hacía rato que no veía. Volaban las trompadas, y los puñetazos estaban a la orden del día. La plaza se convirtió en un campo de batalla. De un lado los que estaban a favor del paisano, del otro los que lo atacaban. Los bultos que venían en las diligencias volaban por el aire de un lado p'al otro.

Yo había queda'o en el medio del revuelo sin poder zafarme, tratando de esquivar los golpes. Ya estaba por recibir un manotazo en la cabeza, cuando el Jacinto, que siempre está cerca de mí justo cuando lo necesito, apareció como por milagro y de un tirón me sacó del lío poco menos que volando.

Me anduvo retando unas cuadas, porque dice que siempre ando metida en disturbios. Pero qué le via' hacer. Es más fuerte que yo. Habré nacido así... ¡siempre lista pa' la política!



Clementina y el poncho de Yorkshire

Un día, mientras estaba cosiéndome unos zapatos de raso (¡Qué tiempos aquéllos, hasta el calzado nos fabricábamos!), pasó Clementina, escurriéndose como una sombra para que nadie la viera...

—Clementina..., ¿qué llevás en ese atadito?

—¡Shhh, que no escuche el amo!

Venga que le muestro. Es un poncho que compré.

—¿Y tanto lío por un poncho? ¿Qué tiene de malo comprar un poncho?

—Es que es un poncho inglés', de Yor..., Yorse..., ¡bué'! De algún lugar de donde son ello'.

—¿Y por qué no querés que se entere mi padre?

—Justamente porque es inglés', y el amo anda un poco disgusta'o con los inglese' y las mercaderías que traen.

—¡Ay, no entiendo a mi padre! Un año los ingleses son lo mejor de lo mejor, les alquila habitaciones para que se hospeden, los invita a las tertulias, ¿y ahora no le gustan...?